

CARTA DECIMOTERCERA

Una palabra muy hermosa.—Corazón, bondad, y corazón, valor.—Doble educación de la sensibilidad.—El hogar.—Misión preponderante de la madre para formar la sensibilidad del hijo.—El niño mimado.—El niño descuidado.—El interno.—Enseñanza de la bondad; sus límites.—Enseñanza del valor.—La sangre fría.

Hay, mi querida Francisca, una hermosa palabra francesa, que sólo en algunos idiomas latinos tienen los mismos significados casi intraducibles: corazón.

La palabra corazón une en francés dos ideas bien distintas, casi opuestas: significa la sensibilidad más delicada y la más arrojada valentía. Corazón quiere decir bondad, ternura, amor; pero corazón es también resistencia, ardor, valentía. Y el que esta misma palabra pueda evocar a la vez dos conceptos, en apariencia tan lejanos, es uno de los indicios más curiosos de la sensibilidad y el valor francés, del alma francesa, por decirlo todo.

Yo no sé que haya nada más angustioso para quien toma en serio su papel de educador, que la formación de un corazón de niño. De ese corazón —es decir, de la facultad que ha de tener de sentimiento y voluntad—dependerá, más que de su

cuerpo y de su espíritu, su felicidad futura. A un ser insensible o poco sensible, le están vedados los más intensos goces humanos; ¿qué vale una vida en la que no haya, por ejemplo, ni amor ni arte? Si es demasiado sensible, se defenderá mal contra el egoísmo del prójimo y padecerá más miserias humanas de lo justo; su corazón (sensibilidad) perjudicará a su corazón (voluntad). El ideal es hacer discípulos muy sensibles y muy enérgicos a la vez, es decir, personas de corazón, en todo el sentido de la palabra. Es difícil. Pero, puesto que la lógica de nuestra lengua une las dos significaciones en un mismo vocablo, tratemos de unir las dos cualidades en nuestros discípulos.

* * *

Todo el mundo está de acuerdo en admitir que el ambiente más apropiado para que se desenvuelva la sensibilidad de un niño es la casa paterna, el hogar, sobre todo, a causa de la influencia de la madre. Un niño educado fuera de su casa, es casi siempre un huérfano.

He aquí por qué es una impiedad poner interno a un niño mientras su corazón no está formado. La clase en conjunto, los juegos en común, son útiles a los niños, y hasta pueden ser indispensables para su formación—es el caso de Enrique Bertrán-Tasqué—. Pero, antes de encerrar a un niño en un colegio, hay que agotar todas las demás posibilidades.

Sólo que no caigamos aquí en el patetismo de la mayor parte de los tratados de educación. Desconfiemos una vez más de las grandes palabras y no temamos mirar debajo, donde encontraremos el va-

cío. Familia, hogar; estas palabras son admirables. Prácticamente, en la sociedad contemporánea, expresan a veces ruines realidades, tanto más perjudiciales cuanto que conservan en el mal su poder de acción sobre el niño... Es únicamente la madre quien, por una especie de adorable privilegio, no puede casi nunca causar mal a su hijo... ¡En cuántos hogares desordenados, en cuántos matrimonios distanciados, siendo el niño testigo de disputas y desórdenes, conserva, sin embargo, el respeto y la adoración por su madre!... ¡Esto debía inspirar a las madres una idea tan alta de su misión, que les resultase imposible cualquier desfallecimiento respecto a la educación de sus hijos.

Madres, vosotras sois el manantial de sensibilidad donde han de vivir vuestros hijos. Si los alejáis de vosotras, los condenaréis, la mayoría de las veces, a tener una sensibilidad pobre. Si los tratáis sin indulgencia, si sois con ellos rudas y severas, les daréis el germen de una verdadera enfermedad de sensibilidad contenida.

Afortunadamente, este peligro no es un peligro francés. El peligro francés es más bien el de que, desbordándose la sensibilidad maternal, ahogue la del hijo; es, en una palabra, el mimo. La madre que mima a sus hijos, les formará, a su imagen, un corazón frágil, incapaz de resistir los choques de la vida; y lo que en ella es una debilidad nerviosa, en ellos podrá degenerar en vicio. El niño mimado suele ser como un agua corrompida, sobre todo, los varones. Tú, mi encantadora sobrina, eres una mujer de verdadero equilibrio; sin embargo, has mimado un poco a Pedrito durante sus primeros tres o cuatro años. Tu mimo consistía en ocuparte con exceso de un heredero largo tiempo deseado; en tenerlo como «entre algodones»; en no

querer por ningún concepto hacerle llorar o contristarle. Paralelamente, tu cuñada Lucía Laterra-de mimaba a Simona de otra manera, renunciando a ejercer sobre ella la menor acción educativa, delegando en las ayas, advertidas de que no se podía molestar a la señora por los caprichos de la niña... De estas dos maneras de mimar, resultaron un Pedrito débil, tímido, tranquilamente egoísta, y una Simona ultra-nerviosa, que pasaba de las crisis de lágrimas a una alegría febril, francamente insoportable. La sensibilidad de Pedrito se ahogaba, se ponía anémica bajo el peso de tu ternura; y la sensibilidad de Simona, sin dirección y sin freno, se exasperaba. Era ya tiempo de remediar los dos errores.

En cambio, hoy, Pedrito sabe que las caricias de su madre son una dicha que hay que merecer; sabe que su madre, para castigarlo, tiene el valor de privarse del placer de verle a él dichoso. Todas sus igneas manifestaciones se le afean delante de mí, delante de su prima, que no ha sido nunca egoísta. Empieza a darse cuenta de que hay que dar para recibir, hasta en el cariño... En cuanto a Simona, hemos combatido sus rabietas con una fría paciencia y una inflexible firmeza. Su institutriz tiene orden de no dirigirle la palabra en esos momentos, limitándose a vigilarla. Cuando se le ha pasado, no se hace ninguna alusión: es ella misma la que habla de lo ocurrido, la que pide perdón y la que caería en una segunda crisis—de arrepentimiento esta vez—si no se la detuviese con un poco de tranquila firmeza...

Esto demuestra que no puede proponerse una regla general: no es como ayer, cuando el niño era un animalito adiestrable. La personalidad ha hecho su aparición. Cada sensibilidad debe ser edu-

cada y guiada aparte. Lo más que se puede, es dar este principio director:

«La sensibilidad del niño es una fuerza preciosa, que hay que guardarse de atrofiar. Hay, pues, que desarrollarla, pero disciplinándola.»

* * *

Precisemos, si no tienes inconveniente, querida sobrina, algunos puntos de esta disciplina.

Hay que enseñar al niño a ser bueno. Diga lo que diga Juan-Jacobo, el niño no lo es naturalmente. Muchos, por su gusto, serían crueles. En los que dan la impresión de ser desinteresados, complacientes y cariñosos, se descubre con frecuencia mucha debilidad, debilidad que, bajo la apariencia de bondad, es muy peligrosa. Hay, por lo tanto, que enseñar la bondad a los niños, pero no la bondad llorona de la mayoría de los libros infantiles, que me causa, lo confieso, una verdadera repugnancia. No es eficaz, porque no es «real», al menos en el siglo XX... El hermano de Simona, ese estudiante que sigue sus estudios sin brillo en Condorcet, me decía recientemente, contándome una discusión con uno de sus camaradas:

—Yo no soy malo; pero, ¿verdad, tío? ¡tampoco se debe hacer el tonto!...

Fórmula excelente, lenguaje aparte, Noel Laterrade tiene razón: no enseñemos a los jóvenes burgueses modernos a «hacer el tonto». No son ellos, ni sus padres, los que han declarado la guerra de clases, ni denunciado el contrato de caridad entre el pobre y el rico. Tampoco tienen ellos la culpa de que «la lucha por la vida» haya llegado a ser la regla de acción de una cantidad de perso-

nas sin escrúpulos, aun en las clases elevadas. Por lo tanto, yo no pierdo ninguna ocasión de recordar a mis pupilos los deberes de compasión, de caridad para con los pobres, de generosidad, de cordialidad y de sencillez para con todo el prójimo; pero les enseño también a defenderse contra el egoísmo de sus pequeños semejantes, y no les dejo ignorar que el livido vagabundo que les tiende la mano en una calle de París, tiene probablemente un cuchillo en el bolsillo, del que no piensa servirse exclusivamente para cortar su pan. Les digo: «Ese hombre es un enemigo, porque os mira como indebidamente privilegiados; la limosna no le desarma, y en el porvenir, vuestro deber será esforzaros en atraer a sus semejantes a la aceptación del orden, haciendo prevalecer la justicia y la razón; pero también será defender esta clase de hombres, contra aquellos de su especie que vuestra razón y vuestra equidad condene.»

Les digo también: «No vengáis constantemente a quejaros a vuestra aya o a vuestra madre, o a mí, de tal o cual cosa que os haya hecho otro niño. Ejerced un poco vuestra justicia vosotros mismos. —«Clemente, el hijo del granjero, me ha cogido mi bola de ágata—gime Pedrito—. Pues ve a quitársela. —¡Pero es que él es más fuerte que yo!... —¡Ve de todos modos!» Empieza la batalla, con desventaja para Pedrito; pero Clemente, repentinamente, inquieto por su victoria, suelta al hijo de los amos y devuelve la bola. Pedrito vuelve triunfante por haber recuperado su bola, y orgulloso por haber domado el miedo. Ni siquiera ha sentido los golpes.

Ahí tienes un ejemplo en el que vemos unirse y limitarse uno a otro los dos sentidos de la palabra «corazón». De la sensibilidad y la bondad, pa-

samos, naturalmente, a la firmeza, a la energía y al valor.

Créeme, Francisca: una de las cosas menos difíciles, es hacer valientes a los niños. En la vida de colegio se hacen valientes ellos solos, por amor propio. Yo no quiero que mis pequeños franceses sean los temibles pillastres encomiados por Kipling; pero sí que no teman a los golpes y sepan devolverlos oportunamente. Yo enseñaría en seguida al niño los medios elementales de defenderse con los pies y los puños para que adquiriese confianza en sí mismo. Pero, sobre todo, le repetiría: «Aunque seas tú el más pequeño y el más débil, no te dejes vencer sin resistencia. El golpe que te da uno más fuerte que tú le debilita a él, y te da a ti más fuerzas...»

»No te dejes dominar fácilmente, o bien, no seas pacato».

Una virtud—en el dominio de la sensibilidad—mucho más difícil de hacer germinar y crecer en el niño que el valor, es la sangre fría. La infancia del hombre es femenina, ha dicho justamente Rousseau; y tu adorable sexo, mi linda sobrina, no se singulariza mucho, que digamos, por su sangre fría.

¿Cómo educar la sangre fría en un niño? Con un procedimiento análogo al de los profesores de boxeo, para que los discípulos se acostumbren a aguantar.

¿Tú no has aprendido nunca boxeo, Francisca? ¡Es lástima! Es un ejercicio de mucho provecho. Si se te ocurriese aprenderlo, el maestro te enseñaría a dar fuertes golpes y a parar los del adversario; pero te enseñaría también a «aguantar», es decir, a recibir los golpes que no han podido evitarse, sin pestañear, con la sonrisa en los la-

bios. Nada demuestra mejor la influencia dominadora de nuestra voluntad sobre nuestra sensibilidad que esta educación, puesto que el boxeador llega no sólo a no aparentar sufrimiento por el golpe recibido, sino a no sufrir casi.

Pues bien, Francisca, no hay adversario más fuerte y mejor armado que la suerte: tratemos de parar sus golpes; pero si nos cogen de improviso, sepamos «aguantar» impasiblemente. Así sufriremos el choque con gallardía. Y, lo que es aún más importante, así conservaremos nuestra fuerza intacta para la defensa. Educar la sangre fría del niño es, por lo tanto, enseñarle a hacer una reacción inmediata de impasibilidad ante lo imprevisto, ante el peligro o ante el mal. Simona que es tan nerviosa, se estremecía al oír el menor ruido: yo la he acostumbrado a tirar ella misma, con una pequeña pistola inofensiva, pero ruidosa. Pedrito perdía la cabeza en cuanto tenía que atravesar una vía parisiense por donde pasasen muchos coches. Ahora, sin cogerse de la mano, atraviesa a mi lado los boulevares con paso igual. Una de las rivalidades entre los dos niños es ver quién pone mejor cara al caerse o darse un golpe: Pedrito, sobre todo, es heroico. En fin, hemos tomado la costumbre de discutir los tres juntos los golpes de la suerte: la lluvia, que nos estropea un paseo proyectado; la rotura de un objeto, que acarreará un regaño; la enfermedad, que tiene al niño recluido en la casa. «Hay que atacar las adversidades por el lado débil—ha dicho un sabio—; todas tienen uno.» Nosotros buscamos juntos ese lado débil; acabamos por encontrarlo, y nos burlamos del destino. Pero, sobre todo, con esta misma discusión, llevamos a cabo un acto de sangre fría y aprendemos a «aguantar» con elegancia.

Otros pequeños ejercicios de sangre fría, son: no levantar ni volver la cabeza cuando llaman a la puerta; no responder nunca a una pregunta sin haber tomado el tiempo necesario para contar hasta tres; esperar cinco minutos antes de abrir una carta o un paquete impacientemente esperados, etcétera.

En suma, educar la sangre fría, es habituar al organismo a resistir instintivamente a la sorpresa; es interponer entre uno y las hostilidades de las cosas un aisladero de inercia, acumulado por la voluntad.

—Pero—me dirán algunos—, disciplinando así el carácter de los niños, ¿no teme usted quitarles su encantadora espontaneidad?

¡Ni mucho menos! El ejercicio de sangre fría es un juego para los niños, hay que presentárselo como juego, o más bien, como un ejercicio de fuerza y destreza. Además, ellos le dan un carácter fantástico que aleja todo aspecto de rudeza. Un día sorprendí a Pedrito dándole una lección de sangre fría a Clemente Martín: le prodigaba una lluvia de golpes, que el otro «aguantaba» de bastante mala gana. Al fin, Clemente quiso contestar:

—No hace falta—dijo Pedrito—. Yo ya he aprendido a tener sangre fría.

De todos modos recibió algunos pescozones; pero como al mismo tiempo protestaba diciendo que no era lo convenido y sentía un desprecio tan profundo hacia Clemente, por su deslealtad, creo que apenas los sintió. No obstante, desde entonces, ha renunciado a dar el paletito lecciones de sangre fría.